

MEMORIA DE VINO ENVEJECIDO

Olvidar. En estos momentos lo único que desea es borrar de su mente los recuerdos que calcinan cada ventrículo de su corazón. Un corazón repleto de sangre borracha, de cepas de un rojo avinagrado, con una mezcla de sabores a roble y decepciones, a especias y traiciones, a frutos y miedos.

Los recuerdos de su infancia son vinos rosados Pinot que, a pesar de su aspecto dulce y espumoso, esconden escenas traumáticas que han marcado los matices de su vida en direcciones opacas, en una edad de crianza llena de soledades extraescolares, de absurdas lecciones, de egocentrismos bastos e incomprensidos.

En su juventud alberga vinos tintos indecentes, expertos en chantajes. Vinos de reserva Cabernet traicioneros, que guardan siempre un as bajo la manga, que atrapan y esconden la cordura de una mujer encerrada en el cuerpo de una princesa de cuento. Un vino abocado, rodeado de malas influencias y de vicios incontenibles.

Y ahora, en su vida de adulta, el licor que recorre sus venas anda blanco, podrido, seco, mugriento. Una gran reserva de Chardonnay hastiada de la rutina de un hogar que se ha convertido en su cárcel de plata, en su mordaza de cuero sedoso, en su camisa de fuerza de piel de leopardo, en su féretro de cristal de mosaico.

Por eso aquella mujer olvidada en un rincón de su cocina, mientras prepara un guiso para un marido que no la valora y unos niños que no la obedecen, rebosa su copa de fresca anestesia y bebe para olvidar, para inundar de gas carbónico su monotonía, para enturbiar sus sinsabores, para llenar los cráteres uniformes de sus sueños, para borrar su memoria de vino envejecido, amedrentar su cobardía y correr tupidas cortinas sobre sus ansias de tomar las riendas de su propio destino. Y con el rubor de sus mejillas cazará esos deseos de escapar y ser ella misma, una tarde más, al abrigo de su cocina.